

LA REPUBLICA DOMINICAL

Cultivando la Tierra

Cuando un hombre ha injertado 80 mil árboles frutales sin ayuda del Estado es que se ha hecho una buena labor.

Cuando un hombre ha pasado 50 años de su vida cultivando una finca, pensamos que debe de ser una de esas haciendas grandes con trescientos peones.

Cuando un hombre ha dedicado su vida a buscar el sustento entre los surcos de la tierra trabajando 18 horas al día y es dueño de una finca famosa, nos imaginamos que debe de ser un gran exportador de café.

Y si este hombre ha logrado

sembrar manzanas y peras de climas fríos a tres varas del mango que es una fruta tropical, entonces solemos pensar que este hombre debe de ser un gran científico de la tierra.

Don José María Arias no es dueño de una hacienda con 300 peones. No exporta café. Y el

Especial para LA REPUBLICA.
Por José León Sánchez

único título que tiene es el de farmacéutico.

Tampoco su finca cuenta con dos mil manzanas. Allá en Río Segundo de Alajuela (mi Alajuela donde cada calle es un sol) don José María Arias tiene una parcela de tres manzanas.

Una quebrada la parte en dos y es el agua perenne para el riego en todo el año. Tiene aguacates, mangos, ciruelas, duraznos, grape fruits, limones, mandarinas, naranjas, manzanas, membrillos, peras. Y flores de todos los colores.

—Yo de flores no entiendo nada, es mi hija la que siembra y cuida de ellas.

De su parcela ha hecho un laboratorio de agricultura. Aquí don José María enseña lo que se debe y se puede hacer con un pedazo de tierra bien cultivado.

En el campo de los injertos es un mago. Se admiran los árboles orondos, ricos en fruta, sanos como hijos de la tierra.

En el campo de los abonos es donde se recibe la primera lección de don José María. La basura de su casa no la tira. Depositada durante tres meses en un galcérón sale convertida al final de ese tiempo en humus, el mejor de los abonos.

Nos habla de su vaca:

—Da 25 botellas de leche al día. No le corto el pasto sino que se le sirve entero y en tal forma la vaca puede escoger lo que mejor le gusta. Eso ha aumentado la producción.

Nos habla de sus conejos, de sus cabras.

Miramos alrededor y comprendiendo el poco terreno que tiene nos salta una pregunta:

—¿Dónde está el potrero?

Pero don José María cuenta con 10 eras de alfalfa que miden 50 metros de largo. Es su potrero.

—La alfalfa es el mejor y más nutritivo de todos los pastos. Crece a razón de nueve centímetros al día y se puede cortar trece veces al año. La planta se mantiene durante cinco años.

Y extiende su mano sobre el minúsculo prado de alfalfa de

donde se nutren los conejos, las cabras y la vaca.

Caminos por este predio de ensueño.

A nuestro lado José Gamboa Alvarado nos va narrando historias de tiempos ya viejos en que conoció a don José María. Tiempos en que buscó por todos lados una tierra donde le fuera posible dar una lección. Y la ha brindado. Aquí está la tierra cultivada como testimonio irrefutable de una labor en que un hombre sin saber de agricultura quiso aprender la ciencia.

—Es necesario recordar —dice José Gamboa— que las primeras escuelas en la historia del mundo fueron de agricultura.

No deja don José María un solo centímetro de tierra sin aprovechar. Tenemos un ejemplo: muchas eras destinadas a patrones para injerto. Ahí están todas las cualidades de los cítricos. Pero... para que esos arbolitos estén listos al injerto tardará su tiempo. En tanto... cada pie don José María ha sembrado cebollas. ¡Y qué cebolla!

Vemos una carta. Es nada menos que la de la Escuela Agrícola de Turrialba donde se le dice a José María Arias Rodríguez, el farmacéutico, que brinde algunos informes sobre limones ya que reconocen en él la máxima autoridad en la materia.

Alguna vez —nos dice Chepe Gamboa— don José María fue profesor de agricultura en la Normal. Pero no quiso nunca recibir sueldo por su labor. Este hombre semeja mucho a un patriarca de la vieja Roma.

Es un cascarrabias insigne. Un rebelde de los tiempos modernos. Ha deseado mostrar a la gente y a sí mismo que las cosas sobre la tierra se pueden hacer bien y mucho mejor que antes.

De un momento a otro don José María nos clava los ojos. Hace rato quiere decirnos algo. No es hombre que adula como no sabe de servilismo, de poses fantasma ni de oportunistas palabras. Sabe que hemos leído su libro. Y nos dice:

—Esto no es, José León, como escribir libros de cuentos o novelas.

Ha metido las banderillas al

toro y se queda con los ojos rientes esperando nuestra respuesta. Intento decirle que nuestros libros tienen un trabajo de tres, de cinco años. Pero me quedo callado cuando recuerdo que don José María necesitó cincuenta años de labor sobre la tierra para escribir CULTIVANDO LA TIERRA, el libro más admirado de la agricultura costarricense.

CULTIVANDO LA TIERRA es la historia de treinta años entre plantas, libros y flores. Un libro único dentro de la bibliografía costarricense. Sentimos admiración y rubor al leerlo. Pensamos en este anciano que se levanta a las cuatro de la mañana, toma su buen jarro de café con leche de cabra, y empieza su labor en las eras. No hay sol o cansancio durante todo el día. El ama su tierra.

Un día pensó en la necesidad de recopilar todo lo que había escrito en un solo libro. No tocó a ninguna puerta. Se quedó mirando sus tres vacas que daban 30 botellas de leche al día y las vendió. Así editó este libro. Así también fue posible que su casa se quedara sin pintar porque hizo falta para terminar la obra. De un momento a otro recordamos el libro ARBOL CRIOLLO de nuestro amigo Otto Jiménez Quirós, Vice-Rector de la Universidad y se nos viene a los ojos el dibujo en que aparece José María enamorando a una de las tías de Otto.

Don José María se ríe y nos habla gran rato de ese libro. Y de otros. Su biblioteca llega al cielo raso de esa su hermosa casa sin pintar. Al otro lado se escucha un piano. Es su esposa que toca mansamente una deliciosa melodía. Su hija —viuda de un minero famoso— se inclina sobre las plantas. Hay miles y miles de flores.

Allá en el establo rumean las cabras. La vaca de las 25 botellas nos mira ventana adentro. Los conejos se acurrucan tras de montones de alfalfa. Don José María se enoja por algo que hemos dicho mal. Es un hermoso y admirable viejo cascarrabias con el que no se puede discutir.

Nos despedimos y se queda él revisando los originales de la segunda parte de su obra CULTIVANDO LA TIERRA, el magnífico libro que cuenta de la historia de un viejo patriarca costarricense y su aventura de treinta años entre libros, plantas y flores.